

La descomposición. Territorio y temporalidad, trabajo y materia.

Alejandra Laera

Esta presentación parte de dos constataciones hechas a lo largo de la investigación que llevé a cabo para la escritura de un libro sobre literatura y trabajo en la Argentina que está en su etapa final de composición.

La primera fue central para esa investigación y responde a un interrogante inicial: por qué en las dos últimas décadas, del 2000 para acá, abundaron los relatos sobre el trabajo (ya sea ficcionales o documentales), y por qué, en la mayoría de los casos, el trabajo en cuestión era contrastado con la propia actividad del escritor o la escritora (la fábrica en *Boca de lobo* de Sergio Chejfec, el campo en *El desperdicio* de Matilde Sánchez, la empresa en *El trabajo* de Aníbal Jarkowski, por dar solo algunos ejemplos). Mi lectura sostiene que esto se debe a una doble transformación: por un lado, los cambios en el régimen prioritariamente industrialista de trabajo que se dieron sin retorno en América latina en las tres últimas décadas, y por otro, los cambios recientes en las ideas sobre la literatura, en especial el declive del paradigma modernista o el cierre de lo que he llamado el ciclo moderno de la literatura y la consecuente modificación del lugar del y la escritora respecto de ellos (sobre todo, la ambivalencia entre vida y obra). Los cambios en la naturaleza del trabajo pueden mencionarse rápidamente y son conocidos por todxs: imprevisibilidad frente a la previsibilidad del mundo moderno debido a la flexibilización de las condiciones de trabajo; desregulación que afectó a la relación del trabajo con el espacio y el tiempo e hizo progresiva su deslocalización; aumento creciente de la valoración de las ideas frente a los objetos materiales, así como de la destreza en la comunicación frente al manejo de la máquina, con el consecuente debilitamiento de la relación entre capital y mano de obra. En este

pasaje a, o más bien en esta convivencia con, una sociedad posindustrial, que es capaz de moverse, además, en un espacio virtual, el trabajo, entendido básicamente como una práctica física y/o intelectual rutinaria, ritualizada, por la que se espera algún tipo de recompensa, interpela directamente a la actividad misma del/a escritora, en un momento en el que sus propias prácticas, como habrá podido notarse, comparten mucho de los rasgos mencionados recién para hablar de los cambios en el régimen general del trabajo: prácticas que se han ensanchado aún más, vuelto más visibles e incluso autogestionadas a través de las plataformas virtuales.

La segunda constatación parte de un interrogante tangencial, acerca del retorno de la noción de tiempo en la narrativa como recurso compositivo fuerte. La imaginación espacial global que había predominado (¡también!) en las últimas décadas, o que aparecía como punta de lanza narrativa vinculada a lo que podría llamarse el giro documental y que se observaba en la profusión de los relatos de viajes (o, más bien, de desplazamientos), en la insistencia en señalar tránsitos y flujos espaciales, en el protagonismo de las migraciones (Bolaño, Chejfec, Bernardo de Carvalho, por dar solo algunos ejemplos), ha entrado en crisis (en lo que tiene que ver, creo, con la crisis de las condiciones económicas y políticas según lo viene trabajando últimamente Mariano Siskind en términos de crisis de la noción de mundo o como se puede/pudo ver en la imaginación del fin del mundo que estudian diversos críticos). En ese mismo punto, creo también, y esta sería mi constatación, es donde reaparece como salida narrativa e imaginaria la cuestión del tiempo. No me refiero, desde ya, a la idea de tiempo propia de las tramas novelescas del siglo XIX, con su cronología y el relato del progreso o del ciclo de ascenso y decadencia; ni tampoco a ese tiempo, respectivamente interno o externo, para el cual las alteraciones modernistas de principios del siglo XX o las experimentaciones de los 60 conllevaban la necesidad de su reconstrucción (y por lo

tanto ratificación lineal). Me refiero, en cambio, a una concepción de lo temporal según la cual los diferentes tiempos conviven, se superponen y se confunden, tiempos que se discontinúan, se aceleran, se repiten o se descomponen. Particularmente, pienso en un conjunto de novelas latinoamericanas del Cono Sur en las que la noción de tiempo es casi un principio constructivo: *Quema* (2015) de Ariadna Castellarnau, *Los restos* (2014) de Betina Keizman, *Cataratas* (2015) de Hernán Vanoli, *Mal de época* (2017) de María Sonia Cristoff, *Distancia de rescate* (2014) de Samantha Schweblin.¹ Se trata en todos los casos de una imaginación temporal que es transtemporal y que lleva al extremo y, por lo tanto se aleja, de toda consideración científica, de toda consideración de la física, acerca del tiempo.

Ahora bien: ¿cómo se vinculan ambos puntos de partida? Aquí es donde quiero hacer entrar en escena la novela *Leñador*, publicada en 2013 por Mike Wilson, escritor chileno-norteamericano que vivió en la Argentina, que elegí para compartir en este panel. Porque *Leñador* me permitió anudar precisamente estas dos cuestiones a las que hasta entonces yo no les veía una vinculación necesaria. No es que yo tuviera interés en hacer esa vinculación, sino que la lectura de la novela me la hizo ver (y no me refiero a una evidente relación entre trabajo y tiempo sino a dos concepciones del trabajo y del tiempo). *Leñador* narra en primera persona el establecimiento en los bosques del Yukón, al norte de Canadá, de un hombre de edad mediana que viene, según módicas menciones dispersas a lo largo del relato, desde el extremo sur del territorio americano, donde participó de una guerra y se dedicó al boxeo. En esos bosques fríos. secos,

¹ Novelas todas que trabajan con la *aceleración*. Una aceleración impulsada por la guerra total, por la invasión política o por la invasión ambiental, por el desastre ecológico, por el hambre o el caos social. Novelas de aceleración positiva. Pero también novelas de aceleración negativa. En todos los casos, algo ha ocurrido, no se sabe con certeza qué, y el mundo ha cambiado para siempre. En todos los casos, también, hay traslados y desplazamientos. Pero la posibilidad de habitar esos nuevos pedazos de mundo (provisorios, incómodos, insatisfactorios, amenazantes) implica una cierta desmundialización, en la medida en que acotan el mundo en lugar de ampliarlo, en la medida en que parecen protegerse de él antes que buscar en él refugio, en la medida en que lo desrealizan y ya no se lo reconoce. Desmundialización: o bien retorno a la pura naturaleza o bien cambio total de orden o bien completo extrañamiento. De allí que muchas veces, también, se produzca un borramiento gradual de las referencias espaciales.

solitarios, arduos, alejados de todo lo conocido, en ese confín, este hombre se hace leñador. El protagonista no narra el desplazamiento a través del territorio americano, solo refiere que lo hizo a modo de huida aunque no explica los motivos que lo llevaron a elegir como destino el Yukón. En ese trayecto puramente masculino (la guerra, el boxeo) en el que el cuerpo se confronta con lo otro (el enemigo, el contrincante), se trata, en el Yukón, de dejarlo todo atrás para volver a empezar. La percepción del nuevo territorio como una suerte de último reducto del mundo implica, precisamente, la búsqueda no solo de una nueva vida sino también de un nuevo modo de vivir, un espacio donde desprenderse de lo que está antes para aprender todo desde el comienzo. Como ha afirmado Rüdiger Safranski en su libro *Tiempo. La dimensión temporal y el arte de vivir* (2015), detrás de un verdadero comienzo existe la posibilidad de una gran transformación, lo que lo lleva a preguntarse por la manera en la que nos podemos deshacer de la propia historia, de lo que nos ata hacia atrás (Safranski 46).

En una lectura sobre *Leñador* incluida en un dossier sobre cuerpo y trabajo que organizamos con Fermín Rodríguez y que está saliendo en estos días, Betina Keizman explica esta transformación en términos de “reinicialización”, es decir, en relación con el tiempo, con la idea de volver a empezar. Por supuesto, en *Leñador* la posibilidad de esa gran transformación de la que habla Safranski es la huida al Yukón, donde en lugar de encontrar un opositor al que vencer, debe aprender a luchar y a la vez a convivir con la naturaleza en su estado más recóndito y paradójico, y para eso debe aprender a “descifrar el territorio” (Safranski 47). Porque se trata de una naturaleza puramente virgen pero en la que está enclavada una empresa que la explota y cuyos trabajadores viven en condiciones extremas y son quienes se encargan de obtener del bosque la materia prima. Sin embargo, querría llevar al extremo los alcances de ese desciframiento que, de ser eficaz, implica aprender un trabajo y también un modo de

vida porque, propongo, en ese punto la noción de tiempo y su relación con el trabajo conlleva más que un “volver a empezar”. Es que en ese desciframiento del territorio en el que parecería haber una apuesta a la espacialidad es donde se horada el tiempo cronológico de la vida en el bosque. Podría decirse, de la temporalidad construida en la novela, lo mismo que dice el narrador sobre su encuentro con un alce: “Nos quedamos así, deben de haber pasado no más de unos cuatro o cinco segundos, pero el instante se extendió, duró una vida” (Wilson 69). Porque la novela de Wilson, en ese desciframiento que lleva a cabo el protagonista y narrador, nos entrega una suerte de manual enciclopédico del leñador: herramientas, animales, árboles, materias primas, actividades, utensilios, estrellas, enfermedades, costumbres, productos, remedios, accidentes geográficos, mitos, y mucho más. En el manual se despliega el contenido de la frase que cierra la breve apertura narrativa de la novela, tras mencionar la huida al Yukón: “Aprendí cosas” (Wilson 11). Y en esa descripción hecha con minucia y atenta al detalle, el tiempo de las acciones se descompone abriéndose a una temporalidad que no es ya la de la vida del protagonista sino la de las cosas. Si el instante de la mirada entre el narrador y el alce parece durar una vida, ¿cuánto dura el instante de una cosa? Porque la descripción de esas cosas que se aprenden ocupan el lugar del relato de la experiencia. Esta enciclopedia de las cosas del bosque, podríamos decir, es lo opuesto de un diario íntimo, y en ese revés es donde se anula el tiempo.

La descripción en *Leñador* se entrega a esa temporalidad sin cronología, en la que todo se da a la vez; una temporalidad que se transforma en sucesión solo a través de su puesta en escritura. Ya al principio de la novela hay un ejemplo contundente:

Hacha. El hacha es la herramienta por excelencia del leñador. Está compuesta de dos piezas; la hoja y el cabo. La hoja es la pieza de acero templado con forma de

cuña que se emplea para cortar. El cabo (o mango) es el largo de madera con el que se sujeta y empuña el hacha. La pieza de acero se compone de la cabeza, el filo y la hoja. El filo es... (Wilson 11)

La descripción del hacha, además de la extensa sección en la que se detallan sus características, incluye tres largas secciones más, que se reitera en las diversas entradas: “*Tradiciones*”, “*Mantenimiento*” y “*Utilización*”. Así, la descripción ya no funciona como marco de la secuencia narrativa, ya no es la presentación del medio ni de los personajes, sino que funciona a modo de manual enciclopédico, ocupa el lugar del relato y, solo escanciada por breves momentos narrativos, cobra autonomía y se hace autosuficiente.

Leñador hace todo lo contrario de lo que hace una novela con el tiempo: en lugar de hacerlo avanzar (hacia adelante o hacia atrás), lo suspende; en lugar de acelerarlo dándole velocidad hasta llegar al desenlace, lo desacelera hasta que ya no importa. Si en las novelas que extreman la acción, como las de aventuras, que pueden transcurrir en espacios similares al Yukón (pensemos obviamente en las novelas de Jack London que transcurren en el Yukón, como la famosa *Colmillo blanco* [*White Fang*, 1906]), el tiempo avanza vertiginosamente y se acelera, en *Leñador* se desacelera y diluye toda cronología convencional. Podría decirse que *Leñador* trabaja imaginativamente con la relatividad científica del tiempo en tanto plantea que no hay un tiempo común. De allí que ubique a *Leñador* en un conjunto que denomino novelas de la aceleración y, dentro de él, en un subconjunto que llamo de aceleración negativa o desaceleración.² Porque se

² Si ponemos en sintonía lo que llamo novelas de aceleración positiva con las teorías político económicas aceleracionistas, encontramos en ellas la misma tensión que provocan estas: si el aceleracionismo supone que las capacidades productivas y tecnológicas deben ser liberadas más allá de las limitaciones impuestas por el capitalismo para dejarlo atrás y llegar a la expansión hacia un postcapitalismo globalizado (Williams y Srnicek 47), la hipótesis de las tramas y su textualidad nos permiten pensar en los efectos liberadores del aceleracionismo o, para decirlo con las palabras de uno de sus críticos más

trata de una novela que, por la vía de la descripción explicativa, descompone el tiempo en cada detalle, lo descompone en partículas mínimas. Frente al tiempo de las acciones, podríamos decir también, la temporalidad de las cosas. Esto es: variables que no son el tiempo sino que lo describen: magnitudes como longitud, altura, temperatura, peso, color, número, velocidad. Como dice Carlo Rovelli al explicar el “orden del tiempo”, son estas “magnitudes y propiedades que vemos cambiar constantemente” (90).

Pero esta es una novela, no hay que olvidarlo, sobre el trabajo. Y allí es donde la descomposición del tiempo cronológico por estos medios provoca efectos que exceden la dimensión novelesca. Porque la vida en el espacio de la naturaleza, con su propia temporalidad, va en contra del tiempo capitalista del reloj, de la exactitud y la productividad cronológicas (Safranski 109); quiero decir: el tiempo de la observación y la descripción, que horada el tiempo de la acción en ese mismo espacio, es también la descomposición que la temporalidad de la vida en la naturaleza más recóndita hace del tiempo capitalista. Que esa descomposición se realice como resultado del aprendizaje de un modo de vida, pero sobre todo del trabajo en el espacio de la naturaleza, que sea resultado, en definitiva, del aprendizaje del “leñador”, no es contradictorio sino que, por el contrario, duplica su efecto. No se trata en principio de salirse por completo del mundo para encontrar una temporalidad alternativa, sino de ir a sus confines naturales para horadar de a poco, ¡para talar!, la cronología. De nuevo, la medida del tiempo: ¿se mide igual el tiempo en los confines, en el Yukón, que en una megalópolis? En todo caso, la incrustación capitalista en el bosque canadiense muestra sus límites: peligros, infecciones, amputaciones, enfermedades; un espacio que no nos parece muy diferente a la tala de árboles en el Chaco argentino a comienzos del siglo XX. Entonces: no solo el tiempo sino que el tiempo capitalista en los confines casi árticos no se mide igual.

fuertes, de la “catástrofe” que implica “la intensificación del ritmo de producción y de explotación” (Berardi 69).

Junto con la descomposición del tiempo cronológico a través de la descripción, *Leñador* incluye dos representaciones de un modo *natural* de contar el tiempo. Una consiste en un almanaque agrícola que el protagonista lee en el campamento y que registra cifras de producción, pestes, sequías, migraciones de aves, cosechas, menos a los propios leñadores (“nuestra utilidad pasa sin registro”, Wilson 85). La otra es una de las entradas de lo que llamé manual enciclopédico y es la explicación de la dendrocronología, esa ciencia que les permite a los leñadores descifrar en años la edad de los árboles contando el crecimiento de los anillos visibles en los cortes transversales: “Leen los siglos, leen el pasado, el clima, el fuego, la sequía, los diluvios, el hielo, la ceniza y la peste. Lo leen todo hasta llegar al último aro, ahí se ven inscritos, hacha en mano, ahí leen la muerte.” (Wilson 27s.) En los dos casos, el paso del tiempo se vincula con la naturaleza. Solo que el almanaque lo hace incorporándole cuestiones de trabajo, mientras el árbol lo hace conectando el territorio con la vida. De allí que el leñador pueda abandonar el almanaque al dejar el campamento para internarse más allá del Yukón, mientras el tiempo inscripto en los troncos es inherente a la naturaleza y cuenta la vida, como la del propio narrador, quien busca el círculo que se armó cuando llegó al lugar y traza “una línea con el dedo hacia la orilla, hacia la corteza, hacia el presente”: “comprendo que no hay regreso. Eso me calma...” (101)

El movimiento del tiempo siempre va del pasado hacia el futuro; solo que, pensado en toda su relatividad, el presente ya no es lo que creíamos. Para este leñador, el presente es internarse cada vez más en territorio desconocido una vez que se lo ha aprendido todo en el espacio del trabajo y hacer, digámoslo así, un viaje completo al revés del capitalismo, un viaje hacia la materia prima para que deje de ser tal, un viaje al territorio de la pura vida. Cuando al final, ya completamente aislado, sienta la necesidad de cortar un árbol, cada secuencia mínima de la acción (que compromete su cuerpo y su

movimiento) será registrado en el último y extenso fragmento de la novela, como si la descripción, por medio de un minucioso documentalismo descriptivo, fuera devuelta a la acción, una acción ralentizada, casi en cámara lenta. El trabajo, a esa altura, deja de ser trabajo en términos capitalista, y quizás por eso, cada vez más, para el leñador, “El tiempo pasa y no me doy cuenta, no me importa.” (135) Claro que, como sabemos por Aristóteles, “El tiempo es la medida del cambio. Si nada cambia, como notó de entrada Aristóteles, no hay tiempo.” (52). O como sabemos por Einstein: “no hay una duración única”. Quiero decir: si el tiempo no se mide ya ni en términos capitalistas pero tampoco en los términos cíclicos de la naturaleza, ¿cuánto dura? ¿Qué significa que para el leñador del Yukón el tiempo no parezca estar pasando?

Fuera de todo lazo social, de toda comunidad, el narrador, ahora que está solo, ya no habla, tampoco lee (351). Pero escribe, y lo hace justamente allí, en ese presente cero del tiempo. ¿Y en qué consiste todo eso? En un escritor confinado, en una escritura puesta fuera del relato pero que vuelve de otro modo a él y, al hacerlo, lo concluye. Por supuesto, allí donde el texto busca resistir al tiempo capitalista, el libro, esa otra manifestación de una materialidad, nos devuelve el trabajo en términos capitalistas. El libro es el desconfinamiento y es el cambio. El libro nos habla del tiempo, de lo que está pasando. Sin embargo, sería mezquino de mi parte considerarlo así. Quinientas páginas de desaceleración, quinientas páginas enciclopédicas en las que va dejando de pasarlo todo, donde no hay, casi, ni inicio ni final, no desdican el texto que albergan sino que, más bien, lo confirman. En ese casi, que es como una concesión, habría que pensar la irreductibilidad del capitalismo en el trabajo de un escritor o, si no, la posibilidad de otro presente para la literatura.

BIBLIOGRAFÍA MENCIONADA

Berardi, Franco “Bifo” (2017), “El aceleracionismo cuestionado desde el punto de vista del cuerpo”, en Avanessian, Armen y Mauro Reis (comps.), *Aceleracionismo. Estrategias para una transición hacia el postcapitalismo*. Buenos Aires, Caja Negra, 2017, pp. 69-76.

Laera, Alejandra y Fermín Rodríguez, Dossier *El cuerpo del trabajo*, *A Contracorriente: Una Revista de Estudios Latinoamericanos*, vol. 16, nro. 3, Spring 2019.

Safranski, Rüdiger, *Tiempo. La dimensión temporal y el arte de vivir* (2015). Buenos Aires, Tusquets Editores, 2017.

Williams, Alex y Nick Srnicek, “Manifiesto por una política aceleracionista” (2017), en Avanessian, Armen y Mauro Reis (comps.), *Aceleracionismo. Estrategias para una transición hacia el postcapitalismo* (2017), Buenos Aires, Caja Negra, pp. 33-48.